

Gilbert, Martín: *Las potencias europeas 1900-1945*. Ediciones Grijalbo, S. A. Barcelona, México, D. F. Barcelona, 1967. 367 pp.

HACIA 1900, Europa ejercía una poderosa influencia en todo el mundo. Su unidad se había logrado en un lapso no superior a cien años. El romanticismo imperial había realizado grandes anexiones de tierras. Gran parte del mundo no europeo pertenecía a las posesiones del Continente. Sin embargo, la conservación de los imperios resultó tarea ardua e ingrata; el hambre de las poblaciones sojuzgadas y los levantamientos no eran, desde luego, los problemas menores.

Los Boeros de África del Sur, pueblo descendiente de colonos holandeses, habían formado dos repúblicas: la de Transvaal y el Estado Libre de Orange, logrando independizarse de Inglaterra. Pero las fricciones subsistieron, iniciándose la guerra en 1899 y terminando en 1902. La sangrienta lucha desalentó a muchos partidarios del Imperio. El gobierno inglés adoptó, por primera vez, el sistema que llamó de "campos de concentración", en donde se internaban a las mujeres y niños boeros con la esperanza de que los hombres, desmoralizados, se rindieran.

Ante este panorama los socialistas urgían un cambio radical. Las teorías de Marx y Engels fueron puestas a prueba en 1871, después de que Prusia derrotó a Francia, los trabajadores de París rehusaron rendirse y empuñaron las armas para defender la capital: la Comuna de París, a pesar de todo, no pudo establecer un sistema socialista de trabajadores. En 1881 se estableció en Inglaterra un partido marxista, que desapareció inadvertidamente al cabo de diez años. En Alemania los marxistas dominaron el movimiento socialista con más efectividad que en Inglaterra y Francia.

A pesar de la consolidación del poder europeo, la guerra se aproximaba. El Imperio austrohúngaro de los Habsburgo, era en apariencia el Estado más firme de Europa, el emperador Francisco José había logrado mantener la unidad imperial. El 28 de junio de 1914 fue asesinado en Bosnia, por un súbdito serbio, el heredero al trono austriaco. Alemania, que era la única potencia cuyos deseos por hacerse de un gran imperio habían fracasado, con el pretexto de apoyar a Austria en sus demandas contra Servia, elaboró el "Plan Schlieffen", trazado para derrotar primeramente a Francia y después a Rusia, evitando el peligro de tener que luchar en dos frentes. Estos cálculos estaban circunscritos a determinadas

premisas: que Inglaterra permaneciera neutral; que Francia sería derrotada en un plazo máximo de seis meses; que Austria aplastaría a Servia; que Italia ayudaría a Austria, y que en el plazo de un año la victoria estaría asegurada. No sucedió así: Rusia, aceptando la defensa de la raza eslava, ordenó la total movilización de tropas en la frontera austrohúngara. Francia apoyó a su aliada Rusia, cuando Bélgica fue invadida, Gran Bretaña se vio obligada a declarar la guerra. El conflicto en el Oeste terminó en el armisticio que se firmó en el bosque de Compiègne, el 11 de noviembre de 1918. La guerra en el Este terminó con el Tratado de Brest-Litovsk, lo que permitió consolidar el gobierno bolchevique.

Los resultados de la guerra no se hicieron esperar. La Conferencia de París no resolvió satisfactoriamente los intereses de los diversos países europeos. Casi todas las propuestas francesas fueron combatidas por sus antiguos aliados: Francia intentaba hacer caer todas las responsabilidades de la guerra en los alemanes y éstos consideraron grandemente imputativo este criterio, Inglaterra deploró que Francia hubiera llegado tan lejos. Si la teoría de los ingleses sobre el apaciguamiento hubiera prosperado, el área del conflicto se habría reducido, pero Inglaterra prefirió permanecer al margen. Cuando en 1937 Neville Chamberlain hizo un esfuerzo para mediar en Europa, era demasiado tarde.

La generación que sucedió a la que desapareció en la guerra, ya no confiaba en emperadores y aristócratas. Alemania en el periodo de posguerra sufrió múltiples revueltas, la violencia se enseñoreó del país durante largo tiempo. El asesinato de figuras prominentes, seguido de un coro de aprobaciones, convirtió al crimen en algo respetable; imperceptible, pero seguramente, la guerra volvía a amenazar a Europa.

Los bolcheviques rusos trataban de consolidar su gobierno. Subsistiendo aún la gran guerra de 1914, los aliados pensaron derrotar a los bolcheviques sustituyéndolos por un gobierno de guerra. Sin embargo, los antibolcheviques fueron derrotados. Con posterioridad Rusia, tratando de convertirse en la punta de lanza de la revolución mundial, hizo despertar más agudamente la desconfianza de los países europeos, perjudicándose así su política exterior. Con el triunfo de Stalin y de su política "socialismo en un país" la URSS, se alejó más de la actividad diplomática de Europa; sin embargo, por los años de 1930 decidió establecer relaciones más cercanas con Europa, apremiada por el peligro japonés (en 1923 Rakpwsky persuadió a Inglaterra para que reconociera el nuevo gobierno ruso, y en 1925 logró el reconocimiento de Francia).

En 1937 Japón invadía China y Mussolini empezaba a alterar la paz de Europa; Rusia ansiaba unirse con Francia e Inglaterra y constituir un sistema mutuo de seguridad, sin conseguirlo. En marzo de 1939 Alemania ocupaba Praga, capital de Checoslovaquia. Stalin acudió a Inglaterra solicitando una alianza, siendo otra vez, abruptamente rechazado. Esta demanda fue sustituida por la de Polonia, enemiga de Rusia. Stalin, temeroso, se decidió a firmar un tratado de no agresión con Alemania, lo que posibilitó la invasión de Polonia.

Italia (que había logrado su unidad hacia 1860 gracias a Garibaldi y al conde Camilo de Cavour), intervino en la primera gran guerra con la esperanza de lograr algunas concesiones territoriales; pero la guerra originó más desventajas que ventajas para la península. Sus ambiciones imperiales, una vez más, se vieron frustradas. En estas condiciones el terreno era propicio para que fructificara una doctrina violenta y camorrista que prometiera todo lo que no se había conseguido; así nació el fascismo presidido por Benito Mussolini. La teoría fascista era estable en una sola cosa: la glorificación de la guerra. Pero ni en ella tuvo suerte; la campaña de Abisinia y la derrota de Guadalajara en España, fueron definitivas.

Francia a pesar de ser una de las vencedoras de Alemania, era mucho más débil que lo que había sido antes de la guerra. Sus fallidos intentos diplomáticos en la Conferencia de la Paz en París y posteriormente en el Tratado de Versalles, humillaron el orgullo francés. Quien más ganó fue Inglaterra que vio aumentada sus posesiones con las colonias alemanas. La reincorporación de Alsacia-Lorena a Francia no se computaba como ganancia sino como el reconocimiento de un derecho que le correspondía de hacía largo tiempo. Francia cifró todas sus esperanzas en las reparaciones de guerra, pero también éstas fueron reducidas por la influencia de los demás países aliados, sobre todo de Inglaterra.

En la Gran Bretaña, el predominio del partido conservador —excepción hecha de dos breves periodos en que la minoría laborista obtuvo el poder al frente de Ramsay MacDonald, en 1924 y 1929— condujo a la nación a un periodo de ostracismo e inactividad.

Mientras, Hitler urdía los planes que le llevarían al poder. Su partido nacionalsocialista o *nazi* hacía fracasar la democracia alemana amenazando la paz europea; la endeble independencia de Austria permitió que el 14 de marzo de 1938 Hitler proclamara su anexión a Alemania; en marzo de 1939, con el pretexto de proteger a los sudetes alemanes, Hitler

invadió Checoslovaquia ocupando Praga, y el 1º de septiembre de 1939, con el propósito de recuperar la ciudad alemana de Dantzing, Alemania ocupó Polonia. El 3 de septiembre de 1939 Gran Bretaña y Francia declaraban la guerra a Alemania.

Las consecuencias fueron que Francia sucumbió e Inglaterra quedó aislada. Sólo la inconsciencia alemana al invadir a Rusia en 1941, forzó a este país a ponerse al lado de Inglaterra y Francia.

El 7 de diciembre de 1941, Japón atacaba a los Estados Unidos, posteriormente Hitler también les declaró la guerra. Este insensato procedimiento, hizo intervenir a una poderosa nación contra la cual Hitler, ni mucho menos Mussolini, estaban preparados. La guerra cambió de rumbo: los ejércitos alemanes fueron expulsados de Stalingrado en 1943.

Las bandas de guerrilleros, en los territorios ocupados, comenzaron a desorganizar los transportes y aterrorizar a los oficiales. En Yugoslavia, Tito alzó la bandera de la independencia. En Italia, en 1943, el gobierno de Mussolini era derribado y el 3 de septiembre desembarcaban las tropas americanas en el sur de la península; cinco días más tarde Italia anunciaba su retiro de la contienda. El 6 de junio de 1944 los ingleses y americanos desembarcaron en Normandía. A mediados de agosto de 1944 los rusos expulsaban a los alemanes de Rumanía y el día 25 de ese mes los americanos entraban en París. A fines de enero de 1945 los rusos se hallaban a 160 kilómetros de Berlín. El 16 de abril de 1945 los americanos entraban en Nuremberg, el 26 Mussolini era asesinado y el 30 Hitler se suicidaba. Una semana más tarde, el ejército alemán se rendía sin condiciones.

La Segunda Guerra Mundial se distinguió por los malos tratos infligidos a la población civil. Proliferaron los tratos inhumanos tendientes a obtener la mano de obra que Alemania necesitaba con urgencia. El "Decreto de la Noche y la Niebla" promulgado por Hitler el 7 de diciembre de 1941, por el cual cualquier acusado de perjudicar la seguridad alemana sería ejecutado inmediatamente; la desaparición de tres millones de prisioneros soviéticos, y la inaudita crueldad con que fueron aniquilados seis millones de judíos son buena prueba de la barbarie belicista.

El eclipse de Europa después de la última gran guerra es evidente; en 1939 existían tres grandes potencias europeas: Francia, Inglaterra e Italia; fuera de Europa había otras tres: Rusia, Estados Unidos y Japón.

En 1945 sólo quedaban dos potencias: Estados Unidos y Rusia. Sin embargo, junto a esos gigantes los países europeos todavía pueden desempeñar un puesto importante como defensores de una democracia parlamentaria y como portavoces de la cultura.*

Sergio Veraza

Aguilar Monteverde, Alonso: *Teoría y política del desarrollo latinoamericano*. Textos Universitarios. UNAM. México, 1967.

“LA FORMULACIÓN de una teoría del desarrollo que explique satisfactoriamente lo que acontece en América Latina, es todo, menos una tarea sencilla. Intentar determinar de manera rigurosa la razón de ser del desarrollo y el subdesarrollo latinoamericano, requiere penetrar en el proceso histórico, echarse atrás décadas y aun siglos, rastrear con objetividad en un pasado lejano y borroso y reconstruir situaciones que, a pesar de su importancia, suelen estar ausentes incluso en muchas de las obras de los historiadores, sociólogos y economistas. Acometer tal tarea supone, además, conocer el presente, evaluar con precisión los cambios que han tenido lugar en los últimos años, percibir lo que es común y distinto en cada país, y, con base en todo ello, integrar un modelo analítico o interpretativo que, a consecuencia de una abstracción rigurosa, tanto de un punto de vista lógico como histórico, permita advertir, interrelacionar y jerarquizar los factores o elementos fundamentales que han impedido o frenado el proceso de desarrollo.”

En los años recientes y en virtud del creciente auge en la inconformidad de los países atrasados, han surgido una serie de teorías, doctrinas y postulados que pretenden explicar las causas del subdesarrollo.

Estos planteamientos originados en su mayoría en los países altamente industrializados, o elaborados en defecto por “intelectuales colonizados”, más que pretender lanzar luz sobre las raíces del atraso, se obstinan en proyectar sus sombras sobre tan discutidos temas.

A este conjunto de teorías es a las que nuestro autor se refiere con el nombre de “Teorías metropolitanas del desarrollo”. “... a esas posicio-

* El libro de Martín Gilbert resulta positivamente adecuado para entender la actual circunstancia europea a través del acelerado proceso histórico que sufrió durante la primera mitad del siglo. La densidad con que fueron consignados los datos, la lucidez con que el autor inserta su bibliografía en cada capítulo, definen su seriedad de historiador y matizan el libro de una excelente objetividad.